

Una muñeca rusa

Adolfo Bioy Casares

Barcelona, Tusquets Editores, 1983

Los maestros como Bioy Casares, para quienes el arte de narrar es un asunto lúdico y desgarrador a la vez, siempre nos sorprenderán con sus historias. Desde sus primeras hazañas literarias, al lado de Borges, este escritor supo romper con la corriente realista para introducirse en la literatura fantástica cuya vigencia es indiscutible. Con *La invención de Morel* Bioy Casares se instala en un universo cultural que, a pesar de ser inmensamente rico en lecturas, no recurre a la retórica libresca sino que la inventa.

Bioy Casares traslada las formas del ensayo a la arquitectura del cuento con una extraña habilidad. Las acciones y los personajes parecen cumplir la función de cifras de su despejamiento. Bajo la apariencia lúdica, los cuentos incluidos en *La muñeca rusa* nos llevan al escepticismo. La trampa que el destino le juega a Maceira, personaje del cuento que da título al libro, es una muestra del sarcasmo y la ironía que caracterizan la obra de este escritor cuya lucidez se aprecia también en «Cación», historia que muestra las contradicciones entre el arte y la política o en «Encuentro con Rauch» donde se rompen los límites entre la realidad y la ficción. El universo fantástico juega con las paradojas en «A propósito de un olor» y puede ser una fuerza incontenible que lleva al lector a la risa o al desasosiego cuando le presenta historias con situaciones de la vida cotidiana que, pese a su elementalidad, son capaces de construir una atmósfera de extraña enajenación.

Consuelo Triviño**El espacio autobiográfico**

Nora Catelli

Lumen, Barcelona, 1991, 168 páginas.

La crítica argentina Nora Catelli, bien conocida por su obra menuda y su trabajo periodístico y didáctico, nos ofrece, al fin, un texto en formato libresco, en el

cual ataca el asunto de la autobiografía por dos grandes vertientes: la conceptual y la casuística.

Para la primera, recorre las sugerencias y polémicas abiertas por Paul de Man, Mijail Bajtín y Georg Lukács, sin olvidar aportes clásicos en la materia, como la teoría del pacto autobiográfico de Philippe Lejeune. Las conclusiones son agudas y permiten una extensa aplicación: la autobiografía es la exploración del Otro, que se revela en el texto y se instituye en clave de la interioridad en el seno del mundo, de la forma en el seno de la materia. Por ello, los Schlegel proponían considerar el discurso autobiográfico como ajeno a la literatura, a la vez que definían a ésta con la fórmula goetheana de la confesión enorme y dispersa.

En lo casuístico, Catelli estudia la autobiografía de la cubana (entonces española) Gertrudis Gómez de Avellaneda, poniendo el acento (léase: el dedo en la llaga) acerca de cómo una mujer explora su Otro y se formaliza, siendo que, en la sociedad sexista del siglo XIX, la mujer es, precisamente, la alteridad constante y lo informe de la naturaleza.

En páginas apretadas, incisivas, elegantes, Catelli nos lleva por la frontera donde la autobiografía instala sus pretensiones y sus nudos críticos, cuando no crípticos, pues aspira a mantener/mostrar los secretos del «alma». Sólo cabe esperar que la autora repita su empresa de escribir libros y que amplíe la incalculable casuística de la autobiografía, con o sin mujeres, es decir, sin o con varones.

Manucho. Una vida de Mujica Láinez

Óscar Hermes Villordo

Planeta, Buenos Aires, 1991, 318 páginas.

Manuel Mujica Láinez (1910-1984) fue, a la vez, un perfilado escritor y un personaje. Éste, con sus luces, ocultó, por paradoja y a menudo, al otro. Manucho fue más conocido que Mujica Láinez. El conflicto y la armonía entre ambos, valga la fórmula sarmientina, es un buen acicate para el biógrafo y ha sido, sin duda, el punto de partida de Villordo en su proyecto.

El autor conoció muy bien al biografiado, lo cual implica ventajas e inconvenientes: noticias de primera mano, exceso de proximidad, amistad. En otro ~~sentido~~, la

abundancia de gente que aún puede testimoniar sobre Mujica plantea iguales ambivalencias: es posible recoger parte del tesoro oral de Manucho, pero las reticencias y el pudor también ponen sus límites.

Villordo ha optado por la vía del medio, combinando las fuentes escritas y orales. Entre las primeras, ha exhumado documentos, entre los que destacan las anotaciones de Manucho en sus álbumes de fotografías, sus libretas de apuntes cotidianos, sus cartas. Luego, hay una enorme obra suelta, periodística, que se une a sus textos autobiográficos y a su labor de ficción.

Como no podía ser menos, una biografía de Mujica obliga a los «ecos de sociedad» de una época esplendorosa y ya un tanto *décadent* de la alta burguesía porteña, pero también señala las contradicciones de Manucho con su *milieu*, las cercanías y extrañezas que suscitaban en él un medio fascinante y, al tiempo, henchido de maniáticos, alucinados, inútiles y perversos. En esta dualidad radica el mayor interés de su obra.

Destaca Villordo en la sutileza con que encara las penumbras de la vida sexual y sentimental de Manucho y de su madre, así como en la evocación de las tertulias literarias, teatrales y pictóricas de estas últimas décadas porteñas. Dentro de muchos años, podrá escribirse una biografía de Mujica Láinez dotada de documentos más abundantes, que se irán conociendo a medida que el secretismo ceda ante el tiempo. No obstante, ya no podrá recuperarse el tiempo perdido de las memorias personales, los juegos de palabras y el arte del chisme, esenciales a toda reconstrucción histórica, y que son el tesoro particular de este libro.

La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX

Charles A. Hale

Traducción de Purificación Jiménez, Vuelta, México, 1991, 453 pp.

Hale es un conocido historiador social de las ideas, especializado en el liberalismo mexicano, sobre el cual escribió un libro acerca de los tiempos de Mora. De algún modo, el presente trabajo continúa al anterior, pues analiza la «conversión» del liberalismo mexicano en la

llamada política científica del porfiriato, inspirada por la filosofía comtiana.

Ya Leopoldo Zea mostró, en sus pioneros trabajos, cómo el comtismo mexicano tenía una coloración nacional que lo distinguía del francés y, a partir de estas sugerencias, Hale revisa los tópicos acerca de recepción y difusionismo de las filosofías europeas en la América posindependentista.

En los diversos capítulos de la obra, Hale aborda la filosofía política de los «científicos», su incidencia en la deriva del constitucionalismo mexicano tras la experiencia de la Reforma, la Intervención y el Juarismo y, sobre todo, se detiene en lo que fue la tarea más intensa de los positivistas, su labor pedagógica. La educación popular, la elaboración de una literatura didáctica de carácter nacional y la formación de profesionales por medio de escuelas de magisterio, ocupan una zona privilegiada de la experiencia positivista y, por lo mismo, en el contexto del libro.

El rastreo de información hecho por Hale es minucioso y crítico. La enorme documentación manejada ha sido sometida a un examen cualitativo y clasificada conforme a las necesidades de una lectura fluida. En el fondo, lo que Hale cuenta es la lucha entre filosofías políticas divergentes (liberalismo y positivismo), que resultan la una influida por la otra y, finalmente, conciliadas en una suerte de positivismo liberal o liberalismo positivista. De algún modo, el puente que lleva de Juárez a Madero.

B. M.

Crítica y ficción

Ricardo Piglia

Ediciones Siglo Veinte/Universidad Nacional del Litoral, col. Entrevistas, Buenos Aires, 1990, 212 págs.

El género *entrevista* no tiene acaso hoy buena prensa entre los literatos argentinos. No es que, por lo general, a muchos deje de entusiasmarlos la perspectiva de llegar a ser entrevistados, sino que muchos coinciden también, quizás, al menos privadamente, en que el nivel promedio

de los reportajes no resulta —desdichadamente— muy alto. Y, sin embargo, allá por la década de los sesenta, en Italia, Oriana Fallacci lo llevó periodísticamente a la culminación. Si nos vamos más lejos, además, encontramos antecedentes justicieramente ilustres. Si no, ¿qué otra cosa más que entrevistas (así sea con un interlocutor imaginado), son los imborrables *Diálogos* de Platón? ¿Y qué las memorables conversaciones de Goethe con su secretario Eckermann? Hasta nuestro Jorge Luis Borges, incluso, a pesar de su excesiva generosidad al respecto, supo aprovechar ciertos resquicios de los profesionales para agregarle a sus abundantes entrevistas por lo menos humor, cuando no hondura.

Y ahora viene a resultar precisamente cierto insospechado, inusitado discípulo de Borges, este Ricardo Piglia que es sin duda realmente uno de los más relevantes (y hasta me animo a decir, auténticamente de los pocos) intelectuales argentinos contemporáneos, quien lleva en este libro, al menos entre nosotros, aquel género *entrevista* a su culminación. Piglia se vuelve relevante, en nuestro actual contexto, no sólo porque reconoce y reivindica abiertamente dos tendencias, dos corrientes hasta no hace mucho en gran medida preponderantes de nuestros ambientes culturales, a saber el pensamiento político de izquierda y la vanguardia estética —que no siempre supieron andar juntas, aunque en un comienzo lo intentaran—, sino también porque, haciéndolo y, precisamente al hacerlo, ejercita una desmitificadora y en el mejor sentido inquietante actitud crítica que, aunque no siempre se coincida totalmente con ella (y mi caso particular es el de descubrir no sin sorpresa que son bastantes los puntos coincidentes), deviene absolutamente llamativa y dichosamente saludable ante la opaca anomia con que el inflado posmodernismo nos agobia.

El único riesgo verdadero, a mi modesto entender, que corre intelectualmente la estrella felizmente en ascenso del autor, no es el del malentendido, que cualquier escritor de raza reconoce, sabe implícito en el uso del ambiguo lenguaje de los hombres, o el de las propias contradicciones, circunstancia también ineludiblemente humana, sino el de ver peligrosamente congeladas en dogmas, al ser consumidas, opiniones o conceptos cuya mayor virtud me parece, siempre a mi modesto entender, su capacidad de provocar muchas fecundas y múltiples resonancias, no siempre en una misma dirección. Congela-

miento que sería además, por otro lado, un gran contrasentido para una actitud que se quiere ampliamente cuestionadora.

Herederero en cierto modo de una transgresión que no se imaginaba por supuesto apenas formal, Piglia ha terminado concretando su campo de trabajo —no sabemos si en forma voluntaria, o forzado por las circunstancias, aunque me inclino más por un devenir digamos natural— a lo específicamente literario, no sin dejar de extender por supuesto sus ramificaciones en los más diversos sentidos. De los tres nombres emblemáticos con que se anima a resumir lo que considera más productivo de las letras argentinas, es decir, Roberto Arlt, Macedonio Fernández y Jorge Luis Borges, extrañamente (dados sus antecedentes) y a la vuelta de los años, es con este último, como ya anticipamos, con quien nos parece viene a ligar una cierta actitud de filiación, para nada simplemente apologética y en la cual de algún modo el hijo puede terminar devorando a su padre, metafóricamente hablando. Inclusive, es más bien con el sistema de producción y de apropiación implementado por Borges, digamos con su técnica, antes que con su estética o su mundo, pero también con cierto estilo suyo de seducción intelectual, aquello con lo cual podemos relacionar a Piglia, por otro lado, igualmente uno de nuestros pocos escritores en quien —como es el caso, con el autor de *Ficciones*— la actividad crítica explícita convive con la creación literaria.

Basándose en la más que inteligente recopilación de una serie de reportajes que le fueran efectuados, y que fueron suscitados sin duda por su legítimo resplandor intelectual, Piglia ha convertido aquí en estilo y en forma unitaria, puliendo y volviendo a pulir con toda probabilidad cuidadosamente, pero quizá más a la manera de un río con su canto rodado que como un mero ejercicio de corrección, lo que fue tal vez asimismo en un comienzo el fluir de su pensamiento ante preguntas, en su gran mayoría, también inteligentes.

El resultado es un nuevo logro crítico y estético del autor. Su pensamiento y, acaso por primera vez, también algo de su intimidad personal, hasta ahora discretamente velada (otra concomitancia borgeana), aprovechan al desencadenante de los interrogadores para devenir prácticamente un aquí sí novedoso género literario, aquel que comenzamos llamando *entrevista*, que se ajusta de una manera casi milagrosamente plástica a su ex-

presión más propia. Aunque el autor termine concediendo, en un atento epílogo, la parte que debe haberle correspondido a los investigadores, de quienes modestamente afirma que «son tan autores de estas páginas como yo mismo», presiento que, por el contrario, con *Crítica y ficción* tenemos entre manos, en más de algún sentido, un Piglia auténtico.

Adiós, poeta...

Jorge Edwards

(Tusquets, col. Andanzas, Santiago de Chile, diciembre de 1990, 323 páginas).

No hubiera sido, acaso igual, que cuando con su *Persona non grata*, aparecido en 1973, descubrió las intimidades de su ruptura con Fidel Castro, mientras él mismo era nada menos que embajador de Salvador Allende en Cuba. Pero, igualmente, quizá tan sólo menos de una década atrás, este nuevo libro suyo, tampoco hubiera dejado totalmente conformes ni a tirios ni a troyanos. Hoy, las circunstancias políticas mundiales se han modificado en forma notable y, por lo tanto, también su reflejo en la vida intelectual. Pero, no obstante, este volumen que obtuvo recientemente el Premio *Comillas* (para libros de memorias) por parte de esta misma editorial española que ahora lo publica, no dejará tal vez de promover sus ronchas. Y, como suele ocurrir, cuando una obra es esencialmente honesta, tampoco dejará totalmente satisfechos ni a los filo ni a los anti.

Parece ser una característica de la obra de este escritor chileno, durante mucho tiempo diplomático de carrera, la de bifurcarse entre títulos de ficción narrativa y documentos de crónica testimonial, lo que no deja de resultar otro palpable testimonio de los difíciles momentos históricos que a los escritores nos tocó —y nos toca— vivir. (Aquella paradigmática sentencia de Wilhelm Worringer: «Luchamos con sólo media verdad contra una mentira entera», enderezada originalmente contra el siniestro universo que imaginaba el nazismo, fue cobrando a lo largo del siglo una dimensión mucho más precisa, casi orgánica y, al mismo tiempo, también plenamente universal, por no decir planetaria). Claro que —y no resulta en absoluto secundario—, en todos sus escritos, Jorge Edwards nos depara el no suficientemente pro-

digado placer de leer un límpido y caudaloso castellano, lo que no es poco decir, también, en los tiempos que corren.

Cuando el poeta de *Residencia en la tierra* era joven y ya comenzaba a cortejarlo la fama que pronto se echaría en sus brazos casi hasta abrumarlo, en ese magnífico país de poetas y de amantes de la poesía que espero siga siendo Chile, sólo le disputaba el cetro de príncipe de los poetas, nada menos que Vicente Huidobro, una de las voces más originales y límpidas de la vanguardia latinoamericana, y también el torrencial y apasionado Pablo de Rokha, que llevó su nivel de competencia hasta el extremo de publicar una gruesa diatriba, abiertamente agresiva y cuasi panfletaria, francamente titulada *Neruda y yo*.

Pues bien, aunque en muy distinta y hasta opuesta perspectiva, este nuevo libro de Jorge Edwards, también gira básicamente alrededor de Neruda. Pero, ¡con qué grado de diferencia! Si en tantos otros países, bien podemos decir que prácticamente no hubo poeta en nuestra lengua que no tuviera que digerir, de una u otra manera, tanto la influencia estética como la intelectual de una personalidad de semejante talla, para bien y para mal, no resulta difícil imaginar el alcance que dicho influjo podía cobrar en la misma patria de Neruda y entre sus jóvenes colegas.

Así, *Adiós, poeta...* es de algún modo no sólo la historia de una relación, sino también la de una iniciación, en todo el amplio abanico de sentidos que abarca esa palabra y, por ser Neruda quien era e involucrar lo que involucraba, no alcanza apenas carácter personal, sino que inviste (de una u otra manera, por acción u omisión) características en cierta medida generacionales, y hasta de más de una generación.

Simplificando, lo que siempre es riesgoso, la tesis que parece emerger del libro es que, como aquellos cardenales de José María Blanco White «que eran personajes mundanos, perfectamente ateos, que mantenían su toga cardenalicia por comodidad, por pereza intelectual, por conveniencia» (pág. 227 de esta edición). Neruda siguió fiel al Partido Comunista aunque en su fuero íntimo sus convicciones se hubieron ido resquebrajando, muy especialmente a partir de las primeras revelaciones públicas de Nikita Kruschchev, en 1956, sobre los antes negados crímenes de Stalin. No parece ser esa, objetivamente, la imagen que ofrecía oficialmente el poeta, aunque una